

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SOR JOSEFINA BENVENUTI
DE ESCLAVA A SANTA**

LIMA – PERÚ

SOR JOSEFINA BENVENUTI, DE ESCLAVA A SANTA

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

Ambiente político y social.
Su infancia.
Padre Olivieri.
Convento de Belvedere Ostrense.
Su bautismo.
Vida conventual.
Profesión religiosa.
Vida religiosa.
El convento de Serra dé Conti.
Profesa perpetua y abadesa.
Amor a Jesús.
La Virgen María.
Almas del purgatorio.
Los ángeles.
Los santos.
Su muerte.

CRONOLOGÍA

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

La vida de sor Josefina Benvenuti es una vida fuera de lo común. Era una niña africana del sur del Sudán que fue raptada a los ocho años por dos negreros musulmanes y llevada al mercado de esclavos de Alejandría en Egipto.

Allí fue vendida y revendida hasta que llegó a manos de un turco más benevolente que los anteriores y de donde la rescató el padre Nicolás Olivieri por 350 liras.

Fue llevada a Italia para ser educada humana y cristianamente en un convento de religiosas. Y allí se quedó para siempre. Se enamoró de tal modo de Jesucristo que su entrega fue total desde el día de su bautismo y de su primera comunión a los 10 años de edad.

En su vida conventual fue la alegría de la comunidad. Era de carácter alegre, inteligente, vivaz y con grandes dotes para la música. Aprendió órgano y mucha gente iba a misa a su iglesia para oírla cantar y tocar el órgano. Tuvo que sufrir duras pruebas por no poder hacer su profesión perpetua durante varios años, porque las leyes civiles prohibían en ese tiempo las tomas de hábito y las profesiones religiosas.

Llegó a ser, por dos períodos, abadesa de su monasterio y, durante toda su vida, fue un ejemplo de amor a Jesús y a María para su comunidad.

Después de su muerte se oyeron en el monasterio unos toques misteriosos que todas interpretaron como la señal que le habían pedido para indicarles el momento en que iba al paraíso.

Y Dios sigue haciendo maravillas por su intercesión para enaltecer a su sierva. Dios la elevó desde las tinieblas del paganismo y de la esclavitud hasta la luz de la fe y de la santidad. Son los caminos de Dios que con frecuencia escribe derecho con renglones torcidos y que eleva a los humildes hasta los más altos grados de la santidad.

Que su vida nos estimule en nuestro camino hacia Dios y nos sirva de ejemplo para no desanimarnos ante las dificultades y tentaciones de la vida.

Nota.- *Positio* se refiere a la *Positio super virtutibus del Proceso beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Josephinae Benvenuti*, Roma, 1994.

AMBIENTE POLITICO Y SOCIAL

Zenobia, la futura sor María Josefina, nació en Sudán del sur, que estaba bajo dominio egipcio entre 1821 y 1881. En aquellos tiempos muchos negreros musulmanes asaltaban en razzias guerreras los poblados de habitantes negros, no musulmanes. Destruían los poblados, los incendiaban y, a la vez, se llevaban a sus habitantes sobrevivientes amarrados y en filas a los mercados de esclavos de Egipto. Muchos morían en el viaje a través del desierto. Se calcula que, de 10.000 que llegaban vivos, habrían muerto unos 50.000 en el camino. Las mujeres jóvenes solían engrosar los harenes de los ricos, muchos niños eran castrados y como eunucos valían más.

En 1883 Inglaterra presionó a los gobernantes egipcios para abolir la esclavitud y la trata de personas, pero no lo consiguió, por estar aceptada en el Corán y haberla practicado el mismo Mahoma.

San Daniel Comboni, fundador de los padres combonianos, en 1864 tuvo el plan de salvar África por medio de los africanos, debidamente preparados: sacerdotes, religiosas, maestros, artesanos, profesionales, etc. Para ello abrió en El Cairo un Instituto para jóvenes africanos y otro para jóvenes africanas.

En 1872 Monseñor Daniel Comboni abrió la misión de Kordofán, en 1874 la de Denle y en 1876 la de Malbes, en el territorio donde Zenaida había nacido. De medio millón que habían vivido en esas tierras hacía 40 ó 50 años, en ese tiempo sólo vivían unos 50.000.

Monseñor Comboni murió en Jartum el 10 de octubre de 1881 y, en ese mismo año, surgió la revolución del Mahdi, que destruyó todas las misiones combonianas e intentó hacer desaparecer a todos los infieles, no musulmanes; y también a los turcos y egipcios, considerados por él como herejes del islam.

En una carta del padre Verri a sor Josefina, del 6 de agosto de 1883, le habla del cólera desatado en El Cairo y de la revolución del Mahdi que, en nombre de Alah y partiendo de su tierra de Kordofán, quería someter al mundo entero a la religión del islam con la guerra santa y que había hecho prisioneros a los misioneros y religiosas. La misma tumba de Monseñor Comboni había sido profanada y sus huesos dispersados. El Mahdi murió en 1885, pero su movimiento sólo fue sofocado en 1898.

SU INFANCIA

La protagonista de nuestra historia es Zenaida Alif. Era la mayor de tres hermanos: dos mujeres y un hombre. Nació en una familia rica de los montes de Nuba en Sudán del sur, entre 1845 y 1846.

La sierva de Dios recordaba a su padre que se llamaba Alif. No recordaba el nombre de su madre. El papá, según ella decía, parecía ser el jefe de la tribu y tenía servidores y muchas posesiones. Tenía abundante leche, quesos, caña de azúcar, fruta y otros alimentos. Era muy cariñoso con sus hijos, con los cuales jugaba en las horas de la tarde. Recordaba que su madre los hacía arrodillar y rezar con las manos juntas delante de una imagen.

Quizás era una imagen de la Virgen María, ya que cuando Zenaida entró en el monasterio de las clarisas de Belvedere y vio una imagen de la Virgen, gritó de alegría, porque recordó la imagen delante de la cual su madre les hacía rezar y ante la cual había un cirio encendido.

Una tarde de 1853, cuando tenía siete años, estaba jugando con sus hermanos en el jardín. La doméstica se había alejado unos momentos y, de improviso, fueron asaltados por dos hombres armados que los llevaron lejos en briosos caballos. Los niños llegaron a oír los gritos desesperados de sus padres. Ella contó que había sido raptada una primera vez y había conseguido volver a casa, pero esta segunda vez, no pudo hacerlo.

Llegaron a una choza-depósito donde había otros niños, jóvenes y adultos esclavos. En los días anteriores bandas de negreros habían hecho razzias por la región para conseguir esclavos y llevarlos a vender en los mercados de El-Obeid, Jartum, El Cairo o Alejandría, donde serían expuestos desnudos, mirados y tocados como si fueran bestias, expuestas a los compradores.

Al día siguiente de su rapto, fueron colocados en filas, encadenados, comenzando así una larga caminata hacia los mercados de esclavos. Los niños iban amarrados, pero sin tablas al cuello ni cadenas para que caminaran más fácilmente, pero muchos de los esclavos morían en el camino por cansancio, por el sol ardiente, por enfermedades o por falta de alimento o de agua.

Zenaida buscó el primer día a sus hermanitos, pero no los encontró, quizás habían sido llevados a otro depósito o iban en otra caravana. Nunca más supo de ellos ni de sus padres.

Fueron 3.000 kilómetros de viaje, en parte a pie, en parte en barco sobre el Nilo para llegar a El Cairo, última etapa del viaje. *Recordaba haber viajado por*

*las ardientes arenas y vendida y revendida varias veces como esclava, estando con uno o con otro patrón y trabajando y obedeciendo. Entre tantos sufrimientos no podía dormir muchas noches, estando acostada a cielo abierto con peligro de los lobos, y se echaba a llorar. De su esclavitud quedaban marcas en su cuerpo de los latigazos recibidos y, siendo anciana, todavía recordaba con horror haber visto asesinar a algunas niñas por no haber podido dejar de llorar*¹.

La Madre Catalina Del Moro escribió en la biografía de la sierva de Dios lo que ella misma le contó: *Se encontraba desde hacía tiempo con un patrón turco. Su servicio era encender las pipas de los hombres turcos que lo visitaban y que estaban tumbados en sus sillones, fumando las pipas largas que les llegaban hasta los pies. Pero cuántos golpes y empujones tuvo que aguantar, sobre todo si no lo hacía bien. Después debía abrir y cerrar las ventanas y otras cosas. Un día, estando para cerrar la ventana, la vio el padre Olivieri, que iba vestido de negro. Pero ella, sin saber quién era, se ocultó por miedo. Él la llamó de buenas maneras y en lengua árabe le dio a entender que, si quería ir con él, la haría cristiana, etc. Y ella, al oír que la haría cristiana, aceptó. Hacía más de año y medio que había sido raptada de su casa. Y en este tiempo, una noche, mientras dormía al aire libre, se despertó oyendo el rugido de un león que pasaba junto a ella, pero que no la vio.*

El padre Olivieri la rescató por 350 liras y junto con otras compañeras la llevó durante un largo viaje de cinco o seis meses a Italia, dándoles en árabe enseñanzas religiosas. De El Cairo hicieron 150 kilómetros a Alejandría. Los recorrieron a lomo de camello por ser más económico que ir en barco por el Nilo. Las niñas iban muy incómodas en dos grandes cestas, cuatro por cesta, aparte del balanceo continuo del animal y los 55 grados de calor y la escasez de agua. Nena (Magdalena), la anciana sirvienta del padre Olivieri, las ayudaba y consolaba como una madre y les daba algo de beber o de comer y las acariciaba, dándoles algún dulce para consolarlas.

El viaje de Alejandría a Marsella fue turbulento. Cuando el mar se agitaba, el padre Olivieri, arrodillado y rodeado de sus morenitas, comenzaba a rezar y pedir a Dios la tranquilidad y siempre lo conseguía. En los momentos de paz, les daba instrucciones religiosas.

Al llegar a Marsella, se organizaron para ir a Roma. En los albergues la Nena organizaba a cuatro por cuatro en lechos matrimoniales, pero Zenaida, que era inteligente y de carácter vivo, trataba de hacerse con la mejor parte y a las más pequeñas, enfermas o débiles, las golpeaba o empujaba hasta que Nena ponía un poco de orden y paz.

¹ Proceso vol II fol 120-121.

El Papa Pío IX recibió a la comitiva y animó al padre Olivieri a seguir adelante en la obra emprendida y consiguió del Papa muchas bendiciones para la Obra. Allí en Roma varias de las niñas fueron entregadas a comunidades religiosas o familias comprometidas en su formación humana y cristiana. Zenaida con otras partieron en tren hacia Ancona.

Estando ya en Ancona, vio pasar gente que llevaba un muerto. Las negritas, espantadas, corrieron, y la pequeña Zenaida, la más traviesa, corría delante de todas, yendo hacia el mar sin mirar el peligro. Cuando estaba para caer en el mar, sintió una mano invisible que la empujó hacia atrás, con lo que quedó libre del peligro.

En Senigaglia estuvo algunos días en el palacio episcopal, pero, no pudiendo estar quieta, tocaba la campanilla sin permiso y ponía a todos en zozobra. Antes de entrar en el convento de Belvedere, donde ya la esperaban, comió con sus compañeras y algunos sacerdotes. Una compañera lloraba, porque no le agradaba la comida. Ella le dio una bofetada y le dijo: “Calla y come”².

PADRE OLIVIERI

Don Nicolás Olivieri, cuya causa de beatificación está en marcha, tenía la misión de rescatar de la esclavitud al mayor número de jóvenes esclavos morenos. No sabía al principio cómo empezar. Un día se encontró con la señora Elisabetta Serra, cuyo esposo estaba trabajando en Alejandría (Egipto). Este señor rescató a un joven negrito, que mandó a Italia, y don Nicolás lo educó y le consiguió que llegara a ser un buen sacerdote. Se llamó José Santamaría.

El padre Olivieri, con la ayuda de Paolo Cerruti y de Giovanni Kalil Bacos, fundó la *Pía Obra del Rescate*. En 1847 estudió árabe y se preparó para afrontar fatigosos viajes en África, a pesar de ser de edad avanzada y de salud débil. En su primer viaje consiguió rescatar a 18 niñas. ¡Cuántos sufrimientos debió soportar en sus viajes y cuántas incomprensiones! A veces, en medio de sus cansancios, se iba cerca de Heliópolis, a las afueras de El Cairo, a la gruta de la Virgen, donde, según la tradición, había descansado la Virgen con san José y el Niño durante su viaje a Egipto, y vio el famoso sicómoro bajo el cual es constante tradición que la sagrada Familia descansó.

² Exposición histórico biográfica, pp. 28-29 de la *Positio super virtutibus et fama sanctitatis, beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Josephinae Benvenuti*.

El padre Olivieri hablaba en algunas cartas que se le partía el corazón cuando veía en el mercado de esclavos, mujeres con sus hijas pequeñas, a veces con niños de pecho, en las peores condiciones higiénicas, con sus caras tristes y sin vida. Y, cuando ofrecía un precio, el dueño subía más al ver su interés en rescatar a tal o cual niño. Era deprimente y su alma se partía en dos ante la impotencia de no poder salvar más que a unos poquitos.

Don Olivieri y la fiel doméstica Nena (analfabeta, pero inteligente) gastaban todo su dinero en el rescate de niños morenos. Iban personalmente a Alejandría (Egipto). Del mercado de esclavos sacaban algunos niños y los llevaban a Italia. A las niñas las entregaban a Instituciones religiosas de confianza para que las educaran humana y cristianamente. A los niños, al principio, los llevaba al Instituto fundado por don Nicolás Mazza en Verona. Durante su estancia en Italia seguía pidiendo dinero para liberar más esclavos. Algunos de sus grandes colaboradores fueron Clemente Solaro, ministro del Exterior del reino de Cerdeña, el diplomático Antonio Brignole y Pablo Cerruti, cónsul en Alejandría (Egipto).

Don Nicolás ya había rescatado varios cientos de esclavos, cuando en 1854 se encontró en Nápoles con el franciscano Ludovico de Casoria, que apenas lo vio con dos morenitos, exclamó: *Estos son míos*. Y así comenzó esa amistad que unió fuerzas. En 1859 fundaron en Nápoles un colegio para negritos y otro para negritas.

En 1857 la providencia le dio otro gran colaborador en el padre Biagio Verri, que sería su sucesor. En diciembre de 1857 partió con el padre Olivieri en su primer viaje a África. El padre Olivieri murió en Marsella el 25 de octubre de 1864 después de haber conseguido personalmente rescatar a 810 niños africanos y haberlos hecho hijos de Dios.

El padre Verri continuó el trabajo de rescate. En 1883 se enfermó de una gravísima pulmonía por haber cubierto con su manto en una noche fría a una morenita que titiritaba de frío, estando en Italia. Murió el 26 de octubre de 1884 en Turín. Con él se acabó la *Pía Obra del rescate*. Pero podemos decir que, tanto el padre Olivieri como el padre Verri, fueron los dos sacerdotes que más influyeron espiritualmente en la vida de Zenaida con sus consejos y sus cartas. El padre Verri la sostuvo en los años en que tenía la idea de irse de misionera a su tierra para predicar personalmente el Evangelio a su gente.

CONVENTO DE BELVERDE OSTRENSE

Se encuentra casi al centro de la provincia de Ancona. El edificio fue construido en 1672 e inaugurado el 14 de julio de 1680. Domenico Palmieri era un cristiano rico, que no tenía hijos, y quiso unir su nombre a una obra que permaneciese en el tiempo como signo de piedad y pública utilidad. Las religiosas que comenzaron a vivir en este monasterio vinieron del convento de Santa Lucía de Arcevia. Eran ocho hermanas clarisas urbanistas. Además de dedicarse a la oración y al trabajo, se dedicaron también a la educación y a la formación cristiana y humana de las jovencitas de la zona, porque ésta fue una cláusula especial del donante.

En 1810, con la supresión de las Órdenes religiosas por Napoleón, el sacerdote Giovanni Sarti alquiló el monasterio y las religiosas pudieron seguir viviendo en él normalmente. Ahí estuvieron hasta su traslado al convento de Serra de'Conti en 1894.

En este convento de Belvedere vivían muy pobremente, sobre todo, desde que en 1861 el Estado se apropió de todos los bienes de las Órdenes religiosas. En 1863 el Estado les asignó una pequeña pensión que no era suficiente para vivir dignamente. Pero lo peor fueron las leyes de 1866, cuando el Estado prohibió que se hicieran nuevas tomas de hábito o profesiones y que tampoco pudieran recibir educandas, que era otra fuente de ingresos. Por eso, fueron disminuyendo al no poder recibir vocaciones. En 1867 eran 21 religiosas, pero en 1894, cuando se trasladaron a Serra, eran solamente siete.

La entrada de Zenaida al convento, en el que hacía dos años que las religiosas habían pedido una niña morenita para poderla educar, fue el día 2 de abril de 1856. Ella tenía unos diez u once años. Era fuerte para su edad, inteligente, vivaz y muy alegre.

La Madre abadesa la confió a sor Angela María Arcangeli, entonces de 45 años, para que le enseñara la lengua italiana y la instruyera en el catecismo y las buenas costumbres. Su cambio fue inmediato. A fines de ese mismo mes de abril, escribió la abadesa al padre Olivieri: *Ella es muy vivaz, pero dócil y obediente, es la alegría de la comunidad.*

Zenaida seguía a su instructora sor Angela María por todas partes y ya, de anciana, decía: *¡Cuánto me ha querido ese ángel de carne humana y cuánto bien me ha hecho!*

En muy poco tiempo aprendió a leer y escribir el italiano, y sabía de memoria el catecismo.

La Madre Caterina Del Moro escribió: *Ella contaba que al principio sintió gran dolor al separarse de su bienhechor, padre Olivieri. Los alimentos no le gustaban, se sentía triste y sola. Los primeros días corría a lo largo de los muros del convento, buscando un lugar por donde huir. Pero muy pronto, con el amor de las hermanas, se tranquilizó y entendió que ése era el lugar que el buen Dios quería para ella* ³.

En una carta que la Superiora escribió al padre Olivieri en 1856 le dice: *Ama mucho rezar el rosario y las letanías con las religiosas. Su inteligencia y su memoria son sorprendentes. Responde con precisión a las preguntas del catecismo. Ella es la alegría de esta comunidad* ⁴.

SU BAUTISMO

No habían transcurrido ni seis meses de su llegada al convento, cuando ya pensaron en bautizarla, porque sabía muy bien el catecismo. La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de Santo Domingo. Hubo mucha gente por la novedad y dos carabineros en uniforme de gala guardaron el orden.

Fue bautizada por el cardenal Domenico Lucciardi el 24 de septiembre de 1856, recibiendo también la confirmación y la Eucaristía. En el bautismo le pusieron los nombres de María Josefina Angela Redenta Benvenuti. Benvenuti era el apellido de su madrina, la marquesa Angela Mancinforte Sperelli de Benvenuti.

El día de su bautismo, prometió al Señor no pecar; y un sacerdote que la aconsejó espiritualmente declaró que, ciertamente, se conservó siempre inocente.

En la partida de bautismo está escrito: *El día 24 de septiembre de 1856 ha sido bautizada por el Reverendo Domenico Lucciardi, obispo de Senigallia, un niño de sexo femenino, nacido en Sudán, a quien le impusieron los nombres de María Josefina, siendo madrina la marquesa Angela Mancinforte de Benvenuti. Belvedere Ostrense.*

Fue inscrita en la parroquia de San Pedro de la diócesis de Senigallia, en el libro de bautismos del año 1856, página 279. N° 81.

³ Positio, p. 47.

⁴ *Ibidem*.

Cuando se bautizó, su madrina, la marquesa Benvenuti, quiso asignarle dinero para asegurarle la vida terrena, pero ella, confiando sólo en Dios, lo rechazó. En una carta, escrita por la Superiora al padre Olivieri, le dice: *Desde el día de su bautismo, hemos admirado en nuestra morenita efectos particulares de la gracia de Dios. Asiste con ejemplar modestia a la misa, está a gusto en el coro con las hermanas y participa en todas las prácticas de devoción. La maestra la ha visto varias veces tomar en la mano las imágenes del crucifijo y de la Virgen y decirles palabras de confianza, pidiendo gracias y favores espirituales. Reza frecuentemente por las personas que le han hecho beneficios. Tiene un gran deseo de acercarse a comulgar. Procura evitar hasta las mínimas faltas, que son comunes en las niñas de su edad, y manifiesta una firme voluntad de hacerse religiosa, insistiendo a las religiosas que le pidan a Dios esta gracia.*

Toda su vida celebró el aniversario de su bautismo como el día más feliz de su vida y le prometió a Jesús que quería hacerse santa. Después de su bautismo, como las religiosas veían que tenía aptitudes para la música y la llevaba en la sangre, pensaron en enseñarle a tocar el órgano para que así pudiera ganarse un día la vida en el mundo.

La organista del convento, sor Gertrudis Buratti, comenzó a darle las primeras lecciones. En poquísimo tiempo aprendió las lecciones recibidas. Después comenzó el estudio del órgano bajo la dirección del maestro Pontanelli y, en breve tiempo, sobrepasó a los otros compañeros de música.

Desde 1864 era la suplente de la organista titular, María Gertrudis, y desde 1867 fue organista titular. Sor María Gabriela nos dice que, con sentido maternal, ella enseñaba a la hermana Del Moro a tocar el órgano y en invierno le calentaba las manos para tocar mejor ⁵.

VIDA CONVENTUAL

Desde su entrada al monasterio acompañaba a las hermanas en todos sus actos de trabajo y de oración. Después de un mes de su llegada, ya se encontraba feliz y sentía que ese era el lugar para ella. Su fe se acrecentó mucho con su bautismo y primera comunión.

Sor Ángela Teresa refiere que rezaba mucho ante el crucifijo y delante de Jesús sacramentado, a veces hasta con lágrimas. Era devotísima de la Virgen Inmaculada y sus comuniones eran muy fervorosas ⁶.

⁵ Proceso, testigo N° 6.

⁶ Proceso, testigo N° 7.

Un día se fue a la cocina, cuando no había nadie, y se untó el rostro y los brazos con aceite. Al preguntarle por qué lo hizo, respondió que su madre la ungía con mirra y le hacía bien.

Siempre trataba de alegrar a las religiosas y, cuando ya de anciana le preguntaban quién era ella, respondía: *Yo soy la alegría del corazón de las religiosas. En sus oraciones rezaba mucho por sus padres y hermanos para que ellos también tuvieran la gracia del bautismo y fueran al cielo*⁷.

Sor María Luisa Francescangeli declaró que amaba mucho a la Virgen María y la llamaba Mamma. Trataba de convertir a los pecadores y rezaba mucho por los misioneros.

*A veces, mirando y cogiendo flores, su rostro se iluminaba de una maravillosa sonrisa y decía a las hermanas: Mirad qué bella es esta flor. ¿Quién la ha hecho? ¿Sabéis quién?». En primavera, cuando la despertaban los cantos de los pajaritos, se sentía muy alegre, porque la invitaban a alabar al Señor*⁸.

Vivía con los santos con una familiaridad y confianza digna de elogio. Con frecuencia invocaba a la Mamá María y a su padre san José. Se postraba ante sus imágenes, recitaba algunas oraciones, como la recomendación del alma a san José, y rezaba a Jesús delante del crucifijo. Antes de acostarse, rezaba también otras oraciones. Si se despertaba a media noche, llamaba a Jesús y a María y, si no tenía sobre su pecho el crucifijo, lo buscaba y estaba intranquila hasta haberlo encontrado, y lo besaba y lo besaba hasta dormirse de nuevo.

Durante el día, visitaba frecuentemente al Santísimo Sacramento. Cuando la veían correr por el claustro le preguntaban adónde iba y respondía: *Voy a ver a Jesús, Jesús me llama*. Estas visitas, incluso se repetían en tiempo de trabajo. Decía: *Jesús está solo, pero le he dejado a mi ángel custodio*. Y, cuando trabajaba, decía: *Trabajo con Jesús. Estoy con Jesús. Jesús está conmigo*.

Ella vivía la presencia de Dios permanentemente. Hasta en el comedor conversaba con Él. En las recreaciones era el centro. Decían las religiosas: *No podíamos estar en el recreo sin nuestra querida sor María Josefina. Ella estaba feliz de alegrarnos y le hacíamos preguntas*.

A veces decía: *Cuando estoy delante de una persona, pienso qué le diría Jesús, si estuviera en mi lugar*. Otras veces entonaba el cántico de las criaturas de

⁷ Positio, p. 82.

⁸ Declaración conjunta de todas las hermanas de Serra de'Conti.

san Francisco, porque veía en los pequeños detalles las maravillas de Dios, como en el canto de un pájaro, en el perfume de las flores, en el vuelo de las mariposas, etc. Y servía a todas como dispensera, organista, enfermera o sacristana.

PROFESIÓN RELIGIOSA

Josefina había pasado muchos años en el convento y todavía no había tomado el hábito religioso por culpa de las leyes civiles que lo prohibían. Un día, 2 de abril de 1874, se recogió en oración y dijo al Señor: *Hace 18 años que he venido a esta casa. Al principio tenía miedo, pero después me pareció la morada más dulce y segura del mundo. Y he deseado permanecer aquí para siempre como tu esposa. ¡Cuánto tiempo ha pasado! ¿Acaso no me quieres, porque soy negra?*

La respuesta llegó a los pocos días. La Superiora le pidió al obispo de Senigallia, si ella podía recibir el hábito y comenzar el noviciado. El obispo escribió a Roma. Josefina tenía ya 28 años y no tenía dote, necesitaba las dispensas de edad y de dote. El Papa Pío IX se las concedió de inmediato y el 10 de diciembre de 1874 tuvo lugar la vestición.

La ceremonia fue presidida por el obispo de Senigallia Monseñor Aggarbati. Ella tomó los nombres de María Josefina, Concepta, Angela, Luisa y Redenta.

Después de tantos años de convivencia con las religiosas conocía bien la lengua italiana y latina. Tenía estudios de música y quería ser santa.

Hacia el fin del noviciado tuvo tentaciones de dejarlo todo. Le habló a la Maestra y le manifestó: *¿Cómo puedo yo estar tranquila entre los muros de este convento mientras que mi pueblo está en las tinieblas del paganismo y acosado por el islam? ¿No sería mejor que me uniese a los misioneros que van por mi tierra predicando el Evangelio de Jesús? Sé que hace cuatro años Monseñor Daniel Comboni fundó un Instituto de religiosas misioneras que van por la región de Kordofán. ¿No sería hermoso poder decirles a mis hermanos: Dios permitió que fuera raptada para que ahora les lleve la fe?* Le escribió al padre Verri, sucesor del Padre Olivieri en la Obra del rescate de morenitos, y éste le contestó que, siendo clarisa, podría ser una gran misionera y allí la quería el Señor, debiendo estar siempre dispuesta a todo por su amor.

Ella sabía que, aun estando en el convento, podía ser misionera y todos los días rezaba por sus familiares, sabiendo que Dios los podía cuidar y evangelizar por medios inescrutables y que nunca los abandonaría. Confiando en el Señor, se

quedaba tranquila, orando por ellos. Igualmente rezaba por sus compañeras de desventura, con las que mantenía relaciones epistolares para animarlas en sus problemas y dificultades. Se alegraba cuando sabía que alguna se había consagrado al Señor y se entristecía, cuando recibía la noticia de la muerte de alguna de ellas o de que había abandonado la fe para vivir una vida mundana.

Así pudo tranquilizarse y hacer su profesión temporal por un año, que debió renovar anualmente, porque las leyes civiles prohibían las profesiones. Ese mismo día de su profesión se ofreció al Señor como víctima de reparación por una compañera que iba por mal camino y por la evangelización de África.

El día de su profesión religiosa, el 15 de marzo de 1876, hizo sus votos temporales como corista, renovables cada año con la facultad de gozar de todos los derechos y gracias espirituales de las demás religiosas de votos solemnes, exceptuados los oficios de abadesa, vicaria y maestra de novicias, pero sí tenía voz activa y pasiva en los actos comunitarios.

Como la ley del 7 de julio de 1866 prohibía tomas de hábito y profesiones religiosas, para evitar denuncias, tuvo que ir vestida de seglar y llevar por debajo el hábito religioso, ya que su director espiritual, el padre Verri, así se lo aconsejó.

Era una bella mujer, un ejemplar de su raza, siempre vivaz e inteligente, simpática y alegre, y, debido a eso, los ojos de algunos se fijaban en ella. Unos creían que era una víctima de las religiosas, otros que estaba allí para asegurarse el pan. Algunos comentaban: *Si recibe alguna propuesta de matrimonio, se irá.* De hecho se las hicieron y no se salió.

Pero el padre Verri, al conocer la situación de sor Josefina, le dijo: *A quien te sugiera que aproveches esta libertad satánica para salir, le dices: “Cuando venga a recogerme quien me ha traído aquí, obedeceré, pero mientras no venga, estoy contenta aquí”.*

Sin embargo, la situación económica de la comunidad se volvió difícil. Escaseaban los alimentos y la leña para calentarse en el invierno. El colegio que habían llevado las religiosas, había sido cerrado en 1866, los bienes del convento habían sido expropiados por el Estado y los bienhechores ya no daban nada. La pobreza del convento había llegado en 1882 al punto que la abadesa pidió ayuda al Papa León XIII, quien envió una ayuda de 130 liras. Pero otro problema surgió, cuando la noticia de la profesión religiosa de sor Josefina se hizo pública y tuvo que fingir que todavía era una educanda seglar y presentarse sin hábito. Esto salvó el problema ante las autoridades civiles, pero no ahorró a Josefina sufrimientos al interior del convento. Algunas religiosas estaban enfermas o malnutridas y pensaron que lo mejor era que se fuera a una Congregación de vida

activa, de las permitidas por las autoridades o a otro convento menos probado que el suyo.

VIDA RELIGIOSA

Después de hacer su profesión temporal, vivió una vida cada día más entregada a Dios. Se le veía cada vez más llena de Dios y era un ejemplo para todas.

Afirma la señora María Marconi: *Conocí a la sierva de Dios, cuanto yo tenía 8 años, porque mi madre me mandaba frecuentemente al convento a llevar pan y un saquito de harina para la pasta. Siendo ella la portera, decía que debía ser buena e ir a la iglesia y rezar las oraciones. Me preguntaba si quería ser religiosa como ella y yo le decía que no, porque no me gustaba estar dentro de la clausura. Me acariciaba y me decía: “María, ¿eres buena?”. Yo le respondía: “Sí, yo no blasfemo y sé rezar, porque mi mamá nos hace rezar el rosario y después nos vamos a dormir”.*

Recuerdo que era muy alta y gruesa. Era negra, negra. Tenía la palma de la mano blanca y los dientes blancos. Recuerdo que era muy buena. Un día me dio un consejo: “Cuando te encuentres en cualquier situación en que puedes faltar a la caridad o a la paciencia, haz como yo: toma el rosario y vete a rezar a la iglesia”⁹.

La señora Rosa Evelina nos informa: *Siempre estaba sonriente y alegre. Su risa era espontánea. Era muy simpática y atractiva. Hablaba con gusto con nosotras, que éramos jovencitas, y nos animaba a rezar. Nos hablaba del gran amor de Jesús y de María y que nosotros debíamos también amarlos¹⁰.*

La señora Enrica Spoletini certifica: *A veces bromeaba con nosotras y decía: “Tráeme jabón, ¿no ves que estoy negra y sucia?”. Yo me reía, porque sabía que no era suficiente lavarse con jabón para hacerse blanca. Y me repetía: “Sé buena y reza”¹¹.*

Lidia Sebastianelli refiere: *Mi madre tuvo ocasión de estar tres meses en el monasterio para prepararse para la primera comunión y muchas veces decía: “Una primera comunión como yo la hice, no la ha hecho ninguno, por la buena preparación y la alegría de aquel día”.*

⁹ Positio, pp. 61-62.

¹⁰ Positio, p. 63.

¹¹ Positio, p. 64.

*La Madre morenita le enseñó a cantar algunas canciones y en sus últimos años de vida cantaba esas canciones que le había enseñado sor Josefina. Un día, mi madre le pidió un crucifijo y ella le dio el suyo. Mi cuñado lo llevó hasta su muerte*¹².

*En la fiesta de la traslación de la santa casa de Loreto, pidió permiso para levantarse por la noche y tocar las campanas en honor de la Virgen. Como no se lo permitieron, ella fue despacio y en silencio, buscando campanillas por toda la casa, las ató a una silla y en la noche, apenas tocaron las campanas de la ciudad, desde su cama, con una cuerda, tocó las campanillas que estaban atadas a una silla y se quedó feliz de haber hecho algo en honor de la Virgen María*¹³.

Sor María Luisa Francescangeli manifestó: *Mi padre no se llevaba bien con mi cuñado, que vivía en nuestra casa, y no había paz por sus diferentes puntos de vista. Un día le pedí que rezara para que hubiera paz en casa. Me llevó al coro, se puso de rodillas delante de la imagen del Sagrado Corazón de Jesús y rezó con las manos juntas; y así lo hizo durante nueve días. Mi deseo quedó satisfecho, pues desaparecieron los problemas y mi padre, en su larga y última enfermedad, sólo quería que mi cuñado lo atendiera.*

María Bartoccio nos dice: *Mi madre, siendo niña, llevaba al convento algunos frutos del campo. Ella la acariciaba y, al preguntarle mi madre por qué era toda morena, le respondió: “Mis manos y mi cara son negros, pero mi corazón es puro y blanco”*¹⁴.

Tenía en tanta estima la virtud de la obediencia que, cuando la Superiora le decía algo o le hacía una señal, parecía que tenía alas en los pies para cumplir sus mandatos. Cuando escuchaba a algunas religiosas hablar mal de la Superiora, le decía: *No es así como se trata a las Superiores y Dios no puede estar contento.*

Como enfermera, brilló por su caridad, atendiendo a las enfermas, teniendo cuidado, no sólo de los cuerpos, sino también de las almas. Un día, una pobre enferma estaba ida y sin razón. Ella le hizo la señal de la cruz y, sorprendida por un fuerte rumor, tuvo la inspiración de tomar la reliquia de la santa cruz, pensando que era el mal espíritu que tentaba a la moribunda. Hizo varias veces la señal de la cruz y con coraje y energía recorrió el claustro hasta

¹² Positio, pp. 68-69.

¹³ Positio, p. 82,

¹⁴ Proceso, testigo N° 55.

que sintió que el demonio se fue por la ventana. Regresó a la enferma y la encontró tranquila y repitiendo: *Qué bueno es Jesús.*

Otro día, vio llorar a una niña y le preguntó por qué lloraba. La niña respondió que porque pensaba mucho en su mamá y en sus hermanitos. Ella le dijo: *Yo también pienso en mi mamá y en mis hermanitos. Dale gracias a Dios de que todavía tienes mamá y hermanos, Yo no sé si están vivos o muertos. Y comenzó a contarle su vida y dejó a la niña muy tranquila.*

Cantaba mucho, tenía una bonita voz y tocaba el órgano muy bien. Era toda de Dios, muy caritativa con las hermanas y con la gente que conocía. *Una noche, antes de ir a dormir me esperó a mí y me dijo que ese día no se había reído bastante. Yo entré en su celda, hice unas cabriolas sobre su cama y ella se rió mucho. Así pudo ir a dormir con alegría*¹⁵.

Tenía caridad con los pobres que iban a pedir al convento. En una ocasión, una hermana le dijo que no se dejara engañar, porque algunos pedían, porque no querían trabajar. Ella le contestó: *Yo, cuando doy a los pobres, se lo doy a Jesús.* También amaba mucho a los niños. Si traían alguno al convento, lo acariciaba y le regalaba dulces o imágenes santas.

Como portera, siempre se comportó con caridad con quienes tocaban a la puerta, acogiendo a todos con caridad y alegría. Los sacerdotes que visitaban el monasterio, comentaban su bondad con todos. En especial amaba a las niñas que preparaba para la primera comunión. A algunas personas les enseñaba a coser y bordar; y siempre la encontraban sonriente.

A veces decía a sus hermanas: Vosotras sois todas blancas, esposas de Jesús cómo las ovejitas en torno al pastor, pero yo soy negra y espanto, no sólo a las ovejitas, sino también al lobo.

Cuando alguna hermana le prestaba algún servicio, le decía: “Rezaré por usted. Se lo diré a Mamá María y ella se lo recompensará”.

*Nos contó que una vez vio en sueños al demonio que, hablando con una religiosa, le decía: “Dile a María Josefina que deje de invocar siempre a la Virgen María”. ¿Que yo no deba invocar a María? Es mi madre y al demonio le da rabia y yo para su despecho quiero llamarla día y noche y repetir María: ¡María me ha dado tantas gracias! Ella fue al padre Olivieri y le dijo: “Vete a tal lugar y rescata aquellas pobres almas”*¹⁶.

¹⁵ Proceso, testigo N° 4.

¹⁶ Positio, p. 858.

EL CONVENTO DE SERRA DE'CONTI

El nuevo convento de santa María Magdalena de Serra fue fundado en el siglo XIII, pero después fue abandonado y quedó casi destruido. En el siglo XVI fue totalmente renovado con la colaboración de la gente del lugar. En el 1700 se hicieron nuevas construcciones para albergar el noviciado y un colegio para educandas. En ese tiempo había unas 40 religiosas. La supresión napoleónica en 1810 transformó el convento en una fábrica de licores y habitaciones privadas. La persecución obligó a las religiosas a irse a sus casas. Algunas se alojaron en el palacio Honorati de la ciudad de Serra y otras, junto a la familia Cesarini de Corinaldo. Todas por supuesto vestían de seglares.

En 1823 pudieron de nuevo reunirse en su convento. En 1866, con las leyes de incautación de bienes por el Estado, el convento quedó como propiedad del municipio de Serra. Las pocas que quedaron eran amenazadas de desahucio. Hay una tradición constante de que el día en que todavía estaban discutiendo en el Consejo municipal qué utilidad daban al convento de Serra, uno de los principales partidarios de que las religiosas se fueran para siempre cayó allí mismo, debido a un infarto cerebral, y a los pocos días murió. Los otros lo vieron como un castigo divino y aceptaron a las religiosas, alquilándoles el convento por 15 años con la condición de que recibieran a sus hermanas de Ostra y Belvedere.

Después de tantas pruebas y sin la posibilidad de recibir nuevas postulantes, la comunidad de Belvedere se había reducido a sólo siete. En otros tiempos las religiosas habían conseguido dinero con sus trabajos de bordado, de tejido o vendiendo verduras de su huerto. Ahora ya no podían, porque eran pocas y ancianas.

El obispo de Senigallia les propuso unirse con las de Ostra e ir a habitar juntas al convento de clarisas de Serra de'Conti y aceptaron. En el traslado se hizo presente la marquesa, madrina de sor Josefina, que la abrazó y prometió su ayuda. Nunca las había olvidado.

El 5 de abril de 1894 salieron las religiosas de Belvedere y llegaron al de Serra. Josefina alegraba a todas y ante un crucifijo del nuevo convento se detuvo, se arrodilló y le dijo a Jesús: *Amado esposo mío, nos privas de una cosa y nos das otra mejor. Siempre eres tan generoso. Antes Kordofán, Belvedere y ahora Serra de'Conti. Eres magnífico, esposo mío.* Ella tenía 48 años.

Al momento de juntarse los tres conventos eran en total, contando hermanas conversas y novicias, diecinueve religiosas.

Al año siguiente, en 1895, se desató la guerra entre Italia y Etiopía. Las fuerzas de Etiopía, aliadas de Francia e Inglaterra, vencieron a los italianos. Con la paz de Addis Abeba se concluyó la guerra. A Italia le quedaba Eritrea y Somalia, pero debió renunciar al protectorado de Etiopía.

En 1900 se celebró el Año Santo y la consagración del género humano al Sagrado Corazón de Jesús. En el monasterio de Serra 5 nuevas aspirantes tomaron el hábito religioso, señal de que las cosas estaban mejorando.

Y sor Josefina, no sólo era la alegría del convento, sino que trabajaba por tres. Hacía un poco de todos los oficios: hacía el pan, lavaba, barría, tocaba la campana, preparaba el agua en la cocina, ayudaba a la ropera y todo lo hacía por caridad, con el deseo de ahorrar trabajo a sus hermanas. Y era feliz con su esposo Jesús en su corazón.

PROFESA PERPETUA Y ABADESA

En el Capítulo electivo del 24 de septiembre de 1901 sor Josefina salió elegida vicaria y maestra de novicias, prefecta del coro y encargada de acompañar a los obreros que entraban al convento. Aquel día 24 de septiembre era el 45 aniversario de su bautismo.

El 20 de mayo de 1902 pudieron comprar la parte del convento en que habitaban por 17.500 liras, dado que sólo estaban allí como inquilinas. La parte que había sido anteriormente noviciado y lugar de las educandas permaneció definitivamente como propiedad del municipio de Serra.

Sor Josefina firmó como vicaria: *Benvenuti María Josefina, hija de Alif, nacida en Kordofan*. Después levantaron un muro divisorio para garantizar la independencia total del monasterio.

Recordemos que todavía Josefina era de votos temporales y con la autorización del obispo de Senigallia y con la aprobación unánime de la comunidad, pronunció sus votos perpetuos y solemnes. En el libro de los Capítulos, la Abadesa sor Ana Redenta Felcini escribió: *En este día 19 de marzo de 1903 hizo la profesión solemne sor María Josefina Benvenuti, morenita, en mis manos, con asistencia del padre confesor don Rafael Fronzi y de toda la comunidad*.

Su alegría fue inmensa, aunque su entrega total al Señor la había hecho ya hacía 27 años, el día de su profesión temporal, el 15 de marzo de 1876. Después

de la comunión pudo decirle a Jesús: *Ahora, Jesús mío, también oficialmente, soy eternamente tuya.*

El monasterio comenzó una nueva etapa de renovación humana y espiritual. Sor Josefina enseñaba música a las novicias y a todas. Los cantos en la iglesia resultaban bellos y la gente venía a misa para escucharlos y oír a Josefina tocar el órgano.

Como maestra de novicias, *las aspirantes no podían encontrar una personalidad más ejemplar, una mano más segura y un corazón acogedor como la morenita.* Así escribió su biógrafo padre Bernardini.

El 7 de julio de 1909, a las 9 p.m., murió la abadesa sor Ana Redenta Felcini. Sor Josefina, como vicaria, le comunicó la noticia al obispo al día siguiente, y el obispo le confió el oficio de abadesa con el título de Presidente (por no haber sido elegida abadesa en Capítulo oficial).

Ella aceptó con espíritu de obediencia, a pesar de que desde hacía mucho tiempo estaba mal de la vista. Decía: *Jesús, me has dado la vista y me la has quitado. Seas siempre bendito. Esta vista era tuya y tienes derecho a quitármela. No importa, si ahora no puedo ver bien, espero verte en el paraíso, sí, sí, lo espero*¹⁷.

Tuvo que operarse de catarata al ojo izquierdo. Dos señoras conocidas, la señora Annetta Cesarini y la sobrina Rosina Bonetti, se ofrecieron a acompañarla. Salieron de Serra el 19 de mayo de 1910 y, después de unas horas, llegaron a Ancona, donde las Clarisas del monasterio de San Lorenzo la acogieron. La operación tuvo lugar el 31 de mayo y fue operada por el doctor Magni. Después de la operación, permaneció un mes más en Ancona, dejando tras de sí un ejemplo de virtudes humanas y religiosas. Le hicieron la propuesta de que se quedara con ellas para siempre, pero ella sonrió y no aceptó. Humildemente no quiso manifestar que era la presidente del convento de Serra, es decir, la abadesa transitoria, hasta las elecciones. Y nadie lo supo en Ancona.

Ella sufrió mucho al tener que salir de su convento. Hubiera preferido permanecer sin vista que ir al hospital, pero hubo que mandárselo por obediencia para hacerla salir de la clausura.

El 29 de junio de 1910 se celebró el Capítulo de elecciones bajo la presidencia del confesor don Rafael Fronzi. Como abadesa, fue elegida por unanimidad sor Josefina y como vicaria sor Inés Paolucci. Tuvo que aceptar ser

¹⁷ Proceso vol II, fol 125.

abadesa por obediencia, porque le gustaba decir siempre: *Señor, líbrame primero del pecado y después del "badessato"* (de ser abadesa). Como abadesa fue una verdadera madre. Durante su gobierno hubo un incremento de la observancia religiosa, de la corrección fraterna y del silencio. A la salida de la iglesia, después de comulgar, exigía a todas guardar silencio durante un tiempo por respeto a la comunión recibida.

Una vez le llamó la atención a la maestra de novicias, porque se entretenía con las novicias hablando de cosas superfluas e inútiles. Como no hacía caso, hizo que su habitación estuviera fuera del dormitorio de las novicias. Esta maestra, al poco tiempo, salió del monasterio, pero siempre guardó un respeto y admiración por sor Josefina.

En el Capítulo de elecciones del 22 de julio de 1913, fue de nuevo elegida abadesa. Tuvo grandes preocupaciones, porque el 24 de mayo de 1915 Italia entró en la guerra (primera guerra mundial). Todas oraban unidas por los familiares que tenían en el frente. El gobierno requisó casas y monasterios para la gente necesitada y sin casa. Les avisaron que debían retirarse del convento y andar al convento de Arcevia, pero la gente de Serra se rebeló y les dejaron algunos locales del convento durante la guerra.

En enero de 1914 hubo tres religiosas fallecidas. Al abrir la puerta de la clausura por tercera vez, exclamó: *Señor, no permitas que se abra más esta puerta para mis hermanas. Hazme más bien morir a mí.*

Su dolor más grande como abadesa fue la salida de una hermana de votos solemnes.

Dejó el oficio de abadesa el 22 de julio de 1916 y le confiaron el oficio de portera, unido en 1918 al de ropera.

Se preocupaba de qué tenía necesidad cada una y ayudaba a las coristas y conversas que debían regar el huerto. A todas animaba con su alegría y su sonrisa.

Durante la epidemia, llamada la española, en 1918, en la que murieron algunas hermanas, se ofreció al Señor para que salvara a las hermanas, especialmente a las más jóvenes.

Era muy humana y a una religiosa de mala salud le prohibió hacer ayuno en Cuaresma como mandaban las Reglas.

Un día una hermana le dijo: “*Madre, ¿por qué no apoya sobre el banco el breviario, mientras reza? Pesa mucho*”. “*¿Cómo? ¿Podría quitarme de la mano la palabra del Señor, que es el peso más dulce que una religiosa puede sostener?*”.

Una joven religiosa le preguntó: *Madre, ¿qué hace para estar tan atenta cuando reza? Y le contesto: Me imagino ver junto al sagrario una hilera de ángeles que adoran y rezan y cantan melodías dulcísimas. Y me uno a ellos.*

Acostumbraba decir: *Todo por Jesús, por el esposo y por la Mamá María.*

Cuando oía la señal para ir al coro, se daba prisa y decía: *Jesús, aquí estoy para alabarte*; y decía a las hermanas: *Vamos, vamos a alabar al Señor. Jesús nos espera.* Ella era el ángel de la sonrisa y alegría de la comunidad.

AMOR A JESÚS

Jesús era el amor de su vida, su esposo y el centro de su existencia. Mucho tiempo se pasaba ante Jesús sacramentado, ya que, cuando tenía tiempo libre, iba a acompañar a Jesús y a adorarlo en compañía de los ángeles del sagrario.

Una noche tuvo que limpiar y ordenar las reliquias del altar de la iglesia. Cuando terminó, encontró las puertas cerradas y no podía subir a su celda. No quiso llamar ni molestar a nadie y se colocó debajo del altar y se acomodó allí, no para dormir, sino pasar la noche acompañando a Jesús. A la mañana siguiente, con su ingenua sonrisa, no se cansaba de decir que había pasado la noche con Jesús y que había sido la noche más feliz de su vida ¹⁸.

Un día las religiosas quedaron asombradas, porque no estaba presente a la comida. Fueron a su celda y no quería bajar a comer; sólo fue por obediencia. Al terminar la comida, quiso ir rápido a su celda y le preguntaron adónde iba. Respondió: “*Déjenme pasar, tengo prisa, he dejado al Niño sobre el escritorio, no se vaya a caer*”. *Quedaron atónitas, porque no tenía ningún Niño Jesús en su celda. ¿Qué podía ser? ¿El mismo Niño Jesús en persona?* ¹⁹.

¹⁸ Positio, pp. 95-96.

¹⁹ Positio, p. 94.

LA VIRGEN MARÍA

A la Virgen María la amaba como a una madre y la llamaba Mamma (Mamá). Decía siempre que la Virgen había enviado al padre Olivieri a rescatarla a África.

Cuando veía a alguna hermana un poco triste, le decía: *Vete a María, ella te ayudará, ponte bajo su manto y no temas. El enemigo quedará confundido bajo sus pies y deberá temblar de rabia. Yo no le tengo miedo. Le digo: “Vete bajo los pies de María, ahí debes estar, contra ella no puedes nada y yo soy toda de la Mamma.*

Cuando por la tarde saludaba a sus hermanas, les decía: *“Las meto a todas en el Sagrado Corazón de Jesús, bajo el manto de María. No salgáis nunca de ahí, porque se está muy bien”. Y cada vez que oía tocar al reloj para dar la hora, rezaba un avemaría*²⁰.

Cuando recogía flores del jardín, se las ponía a la imagen de la Virgen y le decía: *“Mamma, os pongo estas flores y en medio de ellas os pongo mi corazón, ¿estáis contenta?”*²¹.

En ella resplandeció siempre la virtud de la castidad, que había puesto bajo la protección de la Virgen María, de san José, de su ángel custodio y de san Luis Gonzaga.

ALMAS DEL PURGATORIO

Rezaba mucho por los difuntos. *Cuando terminaba la comida, iba a hacer una visita al Santísimo por las almas del purgatorio y, por ellas, llegaba un poco tarde a la recreación. Le preguntaban dónde estaba y decía: “Después de haber restaurado mi cuerpo con la comida, he querido compartirla también con las almas que sufren en el purgatorio*²².

Sor María Josefina Pompili nos dice: *Un día, cansada y fatigada, no escatimó su caridad a una hermana, ayudándola a sacar agua del pozo. Algunas hermanas la oyeron que decía: “Cada gota de agua para liberar las almas del purgatorio”*²³.

²⁰ Positio, p. 96.

²¹ Positio, p. 95.

²² Positio, p. 101.

²³ Positio, pp. 48-49.

LOS ÁNGELES

Cuando tocaba el órgano en la iglesia, decía: *Toco para Jesús y esto no es nada en comparación de lo que hacen los ángeles en el cielo.*

Amaba tanto a Jesús sacramentado que frecuentemente mandaba a su ángel a visitarlo. Otras veces, cuando oía las campanas de las iglesias, que tocaban para las funciones litúrgicas, no pudiendo asistir personalmente, enviaba a su ángel en su lugar y decía: *Estoy sola, mi ángel ha ido a las ceremonias por mí y estoy sin protección y me puedo caer.*

Cuando salía de su celda, siempre invocaba a su ángel. A él atribuía haberla salvado del león cuando dormía al raso como esclava y el león pasó a su lado.

LOS SANTOS

Además de amar mucho a san Francisco y santa Clara, tenía especial devoción a san Luis Gonzaga, san Estanislao, santa Inés mártir, santa Catalina, santa Cecilia, santo Domingo y otros muchos, pero muy en especial a san José.

Un día una religiosa vio a sor Josefina alejarse de la imagen de san José, moviendo la cabeza. La hermana le preguntó si algo andaba mal. Ella respondió: *“Parece que san José ya está un poco anciano y sordo. Hace tiempo le estoy pidiendo una gracia y no me la da”. “Se lo diga más fuerte y cantando”...*

“Le diré que somos paisanos porque él fue a África para salvar al Niño. Por solidaridad no me puede decir que no”. Al poco tiempo, le llegó la gracia, pero con abundancia.

SU MUERTE

En 1926, a su casi ceguera se le unió una mala caída que le lesionó la pierna derecha, haciéndole una llaga dolorosa. La hermana Catalina le dijo: *También usted lleva los estigmas como nuestro padre San Francisco. Y respondió: “Reza para que los lleve con la alegría de san Francisco”. Después se le juntaron achaques de estómago, náuseas, vómitos, vahídos. Se debilitó y debió estar en cama. Para no privarla de la comunión, las hermanas la llevaban a la capilla en una silla. Alguna hermana le decía: “Rece por mí”. Y ella le*

decía: “Yo rezo por todas”. “Pero por mí en particular”. “Rezo por todas, porque a todas las quiero conmigo en el paraíso”.

El día de Sábado Santo de su último año de vida, 1926, les dijo a las hermanas: “Quizás hoy sea el último día de mi vida y quisiera tocar la campanilla a la hora de la Resurrección del Señor. Todas aceptaron y así lo hizo. Al momento en que en todas las iglesias de Serra tocaban las campanas, ella tocaba una campanilla, uniéndose a la alegría pascual”²⁴.

La Madre Caterina Del Moro escribió en su biografía: *Algunas veces tuvo que estar en cama por obediencia, no pudiendo comulgar algún día. Su lengua se puso blanca. Por ello debió sufrir, pero nunca se quejaba. Siempre decía que quería hacer la voluntad de Dios y la de las hermanas. Era como una corderita que iba donde la llevaban sin lamentarse. De cuando en cuando repetía: “Mamá, ¿cuándo me llevas? Ya estoy preparada. Alguna hermana le decía: “Pero ¿nos vas a dejar?”. Ella respondía: “El amor de las hermanas es pasajero, pero el de la Mamá es eterno”... Cantaba canciones a la Virgen o al Niño Jesús y era un placer escucharla. Y decía: “Siento que me hace bien cantar. Cuántos pensamientos pasan por mi mente y, si canto, todo me pasa”. Estando un día en su sillón en la sala de trabajo, una hermana le dijo: “Sor Josefina, cuando se vaya al paraíso, nos hace una señal”. Y de inmediato respondió: “Sí, sí, si el Señor lo permite”.*

El 23 de abril no pudo levantarse por la mañana y no recibió la comunión. Se levantó a las 10 a.m. y lo pasó con la comunidad, aunque ya estaba muy débil. En los últimos días estaba tan débil que las hermanas debían desvestirla y vestirla y darle de comer como a una niña, que se deja llevar.

Por la tarde en la enfermería tuvo vómitos y tenía algo de fiebre. Llamaron al médico, pero no pudo venir. Ella, de vez en cuando, rezaba jaculatorias y el avemaría junto con las hermanas, que la rodeaban como a una madre. Por la noche la fiebre empezó a subir. Al día siguiente, tampoco pudo venir el médico. Los males se agudizaban y ella cantaba muy bajo y sonreía y repetía los nombres de Jesús, María y José. Llamaron al confesor, se confesó y recibió la comunión y el sacramento de la unción de los enfermos.

Llegó el médico y vio que tenía una pulmonía, pero ya estaba casi moribunda. A las siete p.m. entró en agonía y a las 7:30 p.m., asistida del confesor, padre Nazareno Chiocca, y recibidos los santos sacramentos, expiró. Era el 24 de abril de 1926. Tenía unos 80 años, y más de 70 los pasó en el convento de las hermanas clarisas.

²⁴ Resumen de pp. 151-154 del libro *Un fiore dal deserto*, de Lorenzo Gaiga, Ed. Emi, Bolonia, 1992.

El día de su muerte, en un momento dado, abrió sus ojos y los fijó en un gran crucifijo que estaba enfrente, en la enfermería, y con su voz característica hizo una larga exclamación a la Virgen. ¿Veía acaso a la Virgen? Las religiosas así lo pensaron. El confesor, mientras tanto, le decía al oído: “Ánimo, sor Josefina, falta poco para ver a tu esposo Jesús”. Y ella cerró los ojos y expiró.

De inmediato las hermanas fueron a la iglesia a rezar ante Jesús sacramentado. El domingo 25 por la mañana a las 5 a.m. todas sintieron dos o tres toques de una campanilla interna y, poco después, tres o cuatro toques más fuertes. Una de las hermanas conversas corrió a la campanilla, pero la vio inmóvil y sin movimiento alguno y exclamó: “Es sor María Josefina que va al paraíso”. A las 5:30 a.m. llegó el padre confesor, Nazareno Chiocca, para celebrar la misa. La Priora le contó lo de los toques de la campanilla y él lo publicó a los fieles al terminar la misa. La gente exclamaba: “Ha muerto una santa, ha muerto la morenita”.²⁵

Después de la misa de funeral, sor Teresa Luzi le cortó un mechón de cabello para guardarlo como reliquia y las hermanas guardaron con cuidado sus objetos personales. Por orden de la abadesa, le sacaron una fotografía, cuando estaba en el ataúd.

Vestida como las otras difuntas, le pusieron una guirnalda de flores en la cabeza y un ramo de flores frescas en la mano izquierda. Parecía que estaba dormida. Al día siguiente lunes, se celebraron los funerales con mucha gente y fue llevada al cementerio civil de la ciudad.

Sus restos fueron enterrados en una tumba particular del cementerio de Serra. Doce años después, sus restos fueron exhumados y depositados en la capilla Zampetti, que desde 1938 fue la tumba de las clarisas de Serra.

²⁵ Positio, pp. 35-37.

CRONOLOGÍA

- 1845-1846 Zenaida Alif nace en una aldea de Kordofán (Sudán del sur).
- 1853 Zenaida, con dos de sus hermanos, viene raptada por negreros árabes, que la hacen esclava.
- 1856 El 2 de abril es rescatada por el padre Nicolás Olivieri, llevada a Italia y confiada a las clarisas de Belvedere Ostrense para su educación humana y cristiana. El 24 de septiembre es bautizada, confirmada y hace la primera comunión. Recibe en el bautismo el nombre de María Josefina.
- 1874 El 10 de diciembre recibe el hábito religioso y se convierte en sor María Josefina
- 1876 El 15 de marzo termina su noviciado y hace su profesión temporal.
- 1894 El 5 de abril se transfiere al convento de Santa María Magdalena de Serra de'Conti.
- 1901 Es nombrada vicaria del convento y maestra de novicias.
- 1910 El 29 de junio es nombrada abadesa.
- 1923 Es reconfirmada como abadesa el 22 de julio por otros tres años.
- 1916-1926 Sor Josefina está llena de Dios, toda de Mamá María. Se siente su unión con Dios y muchos la consideran una santa.
- 1926 El 24 de abril muere.

CONCLUSIÓN

Después de haber visto a grandes rasgos la vida extraordinaria de sor Josefina Benvenuti, podemos alabar al Señor por las maravillas que ha hecho en su sierva. Una africana raptada por unos negreros musulmanes, que es rescatada por un sacerdote italiano y que Dios la ensalza hasta los más altos grados de santidad. ¡Qué maravilloso es el Señor! Sus caminos no son nuestros caminos. Humanamente parece incomprensible que Dios permitiera que fuera raptada por el gran sufrimiento de sus padres y familiares, pero ¡cuántas bendiciones recibiría su familia por medio de su vida y sus oraciones! Y no sólo su familia, también su tierra de Kordofán en Sudán del sur y, en general, el mundo entero, porque los santos no son exclusivos de ninguna región o grupo de personas, sino que son de todos y para todos.

Su vida de entrega total a Dios, desde el día en que lo conoció y se bautizó, es un ejemplo para todos. Siendo la última del convento por ser morenita y sin los estudios de las europeas, pudo superarse porque era inteligente y llegó a ser gran organista y abadesa. Era la alegría del convento y de todos los que la conocían. Su alegría rebosaba de su corazón, lleno de amor a Dios y a su Mamma María.

Los ángeles estaban siempre presentes en su vida, especialmente su ángel custodio, y también los santos de su especial devoción. Oraba mucho por las almas del purgatorio y siempre estaba dispuesta a ayudar con caridad y amor fraterno a sus hermanas y a todos los que le pedían ayuda.

Su vida fue como una luz en la oscuridad del mundo. Ojalá que aprendamos a imitarla en su entrega total a Jesús por María. Y que no nos olvidemos que tenemos un ángel amigo, que nos acompaña por los difíciles caminos de la vida.

Que Dios los bendiga y sean santos. Es mi mejor deseo para todos,

Su hermano y amigo del Perú.
P. Ángel Peña O.A.R.
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en
www.libroscatolicos.org

BIBLIOGRAFÍA

- Beatificationis et canonizationis servae Dei Mariae Josephinae Benvenuti,*
Positio super virtutibus, Roma, 1994.
- Berardino Lorenzo, *Storia di una moretta, suor M. Giuseppina Benvenuti,*
Ancona, 1978.
- Caminada Costantino, *Il missionario degli schiavi,* Como, 1936.
- Feltrini Giovanni Maria, *Belvedere Ostrense, Ricerche storiche,* Editrice Flori,
Jesi, 1932.
- Gaiga Lorenzo, *Un fiore dal deserto, suor Giuseppina Benvenuti,* Ed. Emi, 1992.
- Jacopo Bernardi, *Nicolo Olivieri e il riscatto delle fanciulle,* Torino, 1870.
- Manuscrito A de sor Caterina Del Moro.
- Manuscrito B de sor Chiara Matilde Casci Ceccacci.
- Manuscrito C de la señora Eulalia Fronzi.
- Manuscrito de Don Gerardo Paggi.
- Memorias de la abadesa sor Maria Annunziata Gentili.
- Primera biografía del Padre Giacinto Ercoli (Pasionista).
- Traverso Luigi, *Nicolo Olivieri e il riscatto degli schiavi africani,* Firenze, 1916.

&&&&&&&&&&&&&&&&